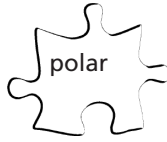


# AMANECER DE HIELO



# AMANECER DE HIELO

Laura Falcó



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados  
Diseño de la colección: Pepe Far

Primera edición: noviembre de 2017

© Laura Falcó, 2017  
© de la presente edición: Edhasa, 2017  
Diputación, 262, 2ª 1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

ISBN: 978-84-350-1126-6

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B. 24351-2017

Impreso en España

«Nadie se cruza en tu vida por casualidad y tú no entras en la vida de nadie sin razón alguna. La casualidad no existe, tan sólo existe la causalidad.»

## CAPÍTULO 1

### COINCIDENCIAS

Como cada martes, Agnes llegó a casa de Eduardo sobre las ocho de la mañana. Prefería madrugar y entrar temprano para poder salir antes de las tres del mediodía. Aquel sol, similar al del ocaso, seguía brillando en el horizonte y desdibujando los adoquines de la calle, y lo haría al menos hasta que acabara el maldito solsticio de verano. A pesar de que llevaba ya viviendo allí más de ocho años, no acababa de acostumbrarse al hecho de que no hubiera noche. Eso, y los fríos inviernos con meses y meses sin apenas luz, hacían que todavía echase de menos la Bretaña francesa. Era cierto que aquellos paisajes idílicos, aquellos fiordos, constituían un verdadero lujo para los sentidos, pero el precio que uno debía pagar a cambio era, al menos para ella, demasiado alto.

La verdad es que Alesund era un lugar tranquilo donde vivir. A aquella hora de la mañana, las calles estaban prácticamente desiertas, y una sutil y gélida brisa acariciaba sus grises cabellos de forma constante, mientras ella, todavía algo somnolienta, rebuscaba en su bolso las malditas llaves. Daba igual dónde guardase las cosas; aunque las pusiese en uno de los bolsillos internos, cuando las buscaba nunca aparecían.

Abrió el portal y alzó la vista con resignación hacia el primer tramo de escaleras. El hecho de tener que subir a un cuarto

piso sin ascensor se le hacía bastante arduo; sus castigadas rodillas acusaban ya los años, aunque parecía bastante más joven de lo que era en realidad. La edad es una de esas pocas cosas que no perdonan. Por suerte, el señor Eduardo era un hombre bastante pulcro y organizado. No le daba demasiado trabajo, y siempre dejaba la casa recogida. De haberse tratado de una familia con niños, jamás hubiese aceptado aquel compromiso; ya no tenía edad para semejantes tutes. De hecho, cuando llegaba a casa por la noche, su espalda se resentía de estar todo el día encorvada y limpiando.

Aunque no era enorme, aquel apartamento era bastante grande, más aún teniendo en cuenta que allí sólo vivía una persona. Se notaba que era la casa de un hombre. Colores sobrios, decoración minimalista, aquella curiosa barra de bar en la esquina del salón... Al entrar, Agnes miró sorprendida hacia los grandes ventanales de la estancia principal; las viejas y desgastadas persianas de madera seguían bajadas. Aquel era un piso muy luminoso, y se hacía extraño verlo tan a oscuras. En los dos años que llevaba trabajando para Eduardo Torres, jamás se había olvidado de subirlas por la mañana antes de irse a trabajar. Miró hacia la puerta del dormitorio, y vio que estaba cerrada. Aquello era más extraño aún, de modo que se acercó hasta la puerta procurando no hacer ruido y llamó suavemente con los nudillos. «Tal vez el señor Eduardo se ha dormido, o quizás esté enfermo y en la cama», pensó mientras lo llamaba sin apenas levantar la voz. Nadie contestó al otro lado, pero Agnes detectó un desagradable olor que emanaba del interior de la habitación, y que la obligó a llevarse la mano a la nariz. Dio un paso atrás, extrañada, y se quedó unos segundos paralizada ante la puerta.

—¡Qué demonios! —exclamó sin comprender todavía qué podía desprender aquel desagradable olor.

Se acercó de nuevo y volvió a llamar, esta vez con más insistencia. Nada. Ninguna respuesta. Sorprendida, y viendo que nadie

contestaba, decidió que lo único que podía hacer era entrar y comprobar qué pasaba. Empezó a abrir la puerta lentamente.

—¿Señor Torres? ¿Está usted ahí? Soy Agnes... —musitó la mujer por última vez antes de entrar.

Cuando abrió la puerta del todo y entró en la estancia, aquel horrible olor se hizo todavía más intenso, obligándola a arrugar la nariz y a entrecerrar los ojos. Un grito agudo, quebrado y que pudo oírse en todo el inmueble salió entonces de su garganta, al tiempo que un escalofrío recorría todo su cuerpo. Petrificada, sintió que su respiración se paralizaba. Por un instante, Agnes pensó que iba a desfallecer: la escena que tenía delante era indescriptible, dantesca, aterradora. Apoyada en la pared del fondo, temblando junto a la puerta, con los ojos abiertos de par en par, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no vomitar o desmayarse. Sentía que sus piernas flaqueaban y que su estómago, absolutamente vuelto del revés, se retorció en su interior. Se frotó los ojos con fuerza; apenas podía creer que lo que tenía delante pudiera ser cierto.

Frente a ella, tumbado en aquella enorme cama de madera, desnudo, engullido por un espeso y repugnante mar de sangre, estaba lo que quedaba del señor Eduardo. Aquel rúbeo océano teñía y empapaba el niveo lienzo de las sábanas. Sus brazos blanquecinos se alzaban indefensos hasta el cabezal de la cama, como las ramas de un árbol endeble, grotesco e imperturbable. Sus muñecas, asidas a la madera por unas viejas y oxidadas esposas, se veían descarnadas por los múltiples e infructuosos esfuerzos que aparentemente había realizado al tratar de desatarse, y los tobillos, también inmovilizados con fuerza por gruesas cuerdas a los pies de la cama, dejaban entrever los huesos bajo los restos putrefactos de su piel roída por aquellas inhumanas ataduras. Su cuerpo, completamente desnudo, parecía rebozarse en un rojizo y untuoso manantial que procedía de algún punto situado entre sus piernas y su cintura, y su rostro desencajado, con los ojos cristalizados en una expresión

de horror tras la agonía sufrida, miraba de forma estéril y yerma en dirección a ella. En su boca, entre sus carnosos labios, un trozo de una masa de carne indefinida surgía hacia el exterior. Una masa ensangrentada que sin duda había sido introducida con ahínco y decisión hasta su garganta para taponar su boca por completo y producir la asfixia...

Agnes, profundamente conmocionada, cerró los ojos por unos instantes, tratando de recuperar las fuerzas. Aquello no podía estar pasando, pensó espantada. Luego volvió a mirar la escena y, tras tomar aire, se aproximó como en trance a la cama. Poco a poco, lentamente y cubriéndose la nariz con la mano, se acercó a lo que quedaba de Eduardo Torres. Era como si algo la empujase a comprobar que aquello era real.

—*Mon Dieux!* —exclamó espantada la pobre mujer al descubrir el origen de toda aquella sangre.

Alguien había cercenado de cuajo el pene y los testículos de Eduardo para ponerlos de forma obscena y casi ritual en su boca. Mareada, a punto de desplomarse por la impresión, Agnes retrocedió lentamente sobre sus pasos hasta apoyarse de nuevo en la pared. Iba a necesitar algo más que unos simples segundos para recuperarse y no caer desmayada sobre el suelo de la habitación. Aquella imagen era mucho más de lo que podía soportar.

★ ★ ★

Las coincidencias son a veces sorprendentes, casi imposibles, y hacen que uno se pregunte si no existe una mano invisible que pone las cosas en nuestro camino por alguna extraña razón. Una mano que parece guiarnos de forma sutil, pero firme, en algunos momentos de nuestra vida. Esas «sincronicidades», o serendipias, pasan en muchas ocasiones inadvertidas, pero cuando hacen acto de presencia en nuestra vida siempre es por algún motivo. La mayoría de nosotros no somos ni tan



siquiera conscientes de ello, y las dejamos pasar como si nada. En nuestra mano está el estar atentos, el saber detectarlas y, lo más importante, el ser capaces de averiguar la razón oculta que hay detrás de esos inquietantes sucesos. Porque, indiscutiblemente, las casualidades ocurren siempre por algo; nada ocurre sin una buena razón.

Sandra jamás habría imaginado que conocería a Eduardo del modo en que lo hizo; para ambos, aquel extraño cúmulo de casualidades era ciertamente sorprendente y excitante. Había trabajado mano a mano con el padre de Eduardo casi desde los veinte años, y sin embargo nunca supo nada de él. Era cierto que Miguel era un hombre muy reservado con su vida y que apenas contaba nada de su familia, pero no dejaba de ser extraño que jamás le hubiese hablado de ninguno de sus hijos.

Tampoco hubiese imaginado que un simple «me gusta» en el muro de Facebook de Cristina, su mejor amiga, pudiese desatar aquel sinfín de hechos. Un simple comentario, y la caja de Pandora parecía haber cobrado vida, abriendo una realidad hasta aquel momento inexistente. A aquel comentario le siguieron un montón de respuestas, entre ellas la de Eduardo, y Sandra no dudó en rebatir sus argumentos, lo que dio comienzo a un verdadero debate en el muro de su amiga. Tras enzarzarse en una discusión cuasi filosófica, Eduardo decidió echar un vistazo al perfil de Sandra.

—Veo que trabajas en el *Periódico de las Naciones* —comentó, enviándole un privado.

—Sí, ¿cuál es el problema? —respondió ella tras aceptarle como amigo, todavía caliente por la apasionada discusión que habían mantenido—. ¿Acaso eso también te parece mal? Igual también quieres opinar sobre mi trabajo.

—Pues no tengo ningún problema en absoluto. Sólo que igual conoces a mi padre...

—¿Tu padre? ¿Y quién es tu padre?

—Miguel Torres...

—¿Miguel? ¿En serio? ¡No jodas! Jajajajajj —respondió Sandra, que no daba crédito a lo que estaba ocurriendo.

—¿Le conoces?

—¿Que si le conozco? Trabajo con tu padre desde los veinte años.

—¡Ostras! Menuda casualidad... —exclamó Eduardo, absolutamente sorprendido.

—Pero... ¿cómo es posible que nunca te hayas pasado por la oficina?

—Porque hace muchos años que me fui a vivir a Noruega por trabajo. De hecho, sólo voy a casa un par de veces al año a ver a la familia, ya sabes... Y claro, cuando voy él está de vacaciones, como puedes imaginar.

Aquella extraña coincidencia desembocó en horas y horas de apasionante charla sobre el trabajo de ambos y sus respectivas situaciones personales. No fue hasta casi tres horas más tarde que, tras despedirse de él, Sandra llamó sin dudarle a su amiga Cristina para comentar todo lo ocurrido. Tenía una extraña e intrigante sensación; era como si, de algún modo, aquella persona hubiese estado destinada a entrar en su vida.

—Pero ¿tú no sabías que era el hijo de tu compañero? —preguntó Cristina, sorprendida.

—¡Qué va! La verdad es que Miguel no habla nunca de su vida.

—Pues qué hombre tan extraño, ¿no? La gente suele hablar de la familia, y más después de tanto tiempo. En cualquier caso, os habréis quedado alucinados.

—Ya te digo. Mañana mismo se lo voy a contar a Miguel. No se lo va a creer.

—Yo es que hace años que conozco a Eduardo, pero no tenía ni idea de que su padre también trabajara en el *Periódico de las Naciones*; si no, te lo hubiese dicho. Nos conocemos desde niños; coincidíamos cada verano en el camping de Málaga —apuntó Cristina.

—¿Y cómo es posible que nunca me hablaras de él?

—Bueno, la verdad es que hace mucho que no hablamos. Ya sabes, con la edad la gente cambia.

Casualidades o causalidades, las mismas que, tres años después de ese sorprendente comienzo y tras otro comentario en Facebook —esta vez gracias a un post algo desafortunado sobre Noruega en el muro de Sandra—, llevaron a Eduardo a proponerle que lo visitase y conociese el país para poder hablar con propiedad.

—Deberías venir a pasar unos días, y así juzgas con tus propios ojos y no hablas de oídas. Además vivo solo, y en mi apartamento hay dos habitaciones... —le propuso Eduardo.

—No me lo digas dos veces, que con lo que a mí me gusta viajar... Y, además, nunca he estado en Noruega —respondió Sandra, tentada por aquella loca idea.

—Pues no lo dudes. Vente con tu marido unos días, y yo os enseñe un poco todo esto.

—Bueno, de venir lo haría sola. Es que acabo de separarme...

—¿En serio? Como en Face pones casada... —comentó Eduardo un tanto extrañado.

—Sí, totalmente en serio, ¡puedo asegurártelo! Es que todavía no he sido capaz de empezar a cambiar las cosas... Me da apuro que la gente empiece a preguntarme.

—Pues con más motivo tienes que venirte. Lo pasaremos de fábula, ya verás —añadió Eduardo, entusiasmado con la idea de tener compañía.

—¿Sabes qué? ¡Por qué no!

★ ★ ★

Y así fue como dos personas que tan sólo se habían visto en una ocasión —cuando, al año de descubrirse, Eduardo decidió acercarse en uno de sus viajes a la oficina de su padre y co-

nocerla en persona—, dos personas que llevaban casi tres años sin apenas intercambiar cuatro palabras seguidas por las redes, decidieron pasar unos días juntos en Noruega. Una decisión impulsiva, alocada y atrevida, una decisión absolutamente imprevisible, pero que en principio parecía acertada. Ambos eran aún jóvenes y con ganas de disfrutar de la vida, y lo más importante, ninguno de ellos tenía compromiso alguno.

Durante las siguientes tres semanas, Eduardo y Sandra se hicieron prácticamente inseparables. Estaba claro que se sentían atraídos el uno por el otro, y, una vez superadas las redecillas de aquella primera discusión, la química saltó de forma casi inmediata entre ellos. Su día a día se convirtió en un continuo ir y venir de *wasaps*, llamadas, chats interminables, videoconferencias... Miles de conversaciones, ideas y planes para cuando ella estuviese allí con él. Cuando pasaban más de dos horas sin saber del otro, ya se echaban en falta. Sin darse cuenta, a medida que iban pasando los días, una extraña y maravillosa atracción fue fraguándose entre ellos. Una química que, a diez días de que Sandra cogiese el avión rumbo a Noruega, se había convertido en la firme promesa de algo más que una mera amistad. Una fascinación, una seducción mutua, que probablemente podría haberse dado en cualquier otro momento, pero que el destino quiso que fuese justo entonces, tres años después de haberse conocido y justo cuando Sandra estaba sin compromiso alguno y él también. Una química que les hacía soñar con unos días idílicos en los fiordos, con el principio de una relación casi mágica, una relación que parecía haber sido planeada por el destino y con la que los dos fantaseaban. Ambos contaban ansiosos las horas que faltaban para verse y para averiguar si aquellas expectativas que se habían generado eran en realidad el inicio de algo sólido o sólo una bonita pero irreal quimera.

Las cosas, sin embargo, no siempre acaban como uno espera. Las cosas a veces pueden cambiar y estropearse en cuestión de minutos, de segundos, y mostrarte su cara más imprevista,

más oscura, más amarga. Las cosas, aquellas cosas que empezaron bien, que parecían hermosas, casi mágicas y perfectas, pueden de pronto mutar y convertirse en algo impredecible, en algo muy negativo, en algo casi macabro, en una de tus peores pesadillas. Y eso era lo que el caprichoso, absurdo e imprevisible destino parecía tener preparado para ambos.

★ ★ ★

Cuando la policía llegó a casa de Eduardo, Agnes estaba sentada en el sofá, llorosa, pálida y con una infusión de manzanilla entre las manos. Blanca como la cera, hacía verdaderos esfuerzos por permanecer serena y no venirse abajo. Su voz temblorosa apenas tenía fuerza para describir, en su todavía deficiente noruego, lo que acababa de presenciar en aquel apartamento. Aquella escena tardaría años en borrarse de su mente, si es que llegaba a hacerlo algún día.

El inspector Lars Ovesen, que sentía curiosidad por lo sucedido, se adelantó y entró solo en la habitación, mientras su superior, Erika Vinter, seguía tomando declaración a Agnes Dufrais. De pronto, un extraño ruido salió del dormitorio, y Erika, alarmada, se incorporó y corrió hacia la habitación, pistola en mano. Ya desde la puerta vio a su compañero allí parado, encorvado sobre sí mismo y casi congelado ante la escena. A dos metros de la cama, Lars, cuyas piernas apenas podían sostenerlo, acababa de echar todo el desayuno. Erika no pudo evitar sonreír. Después de oír la declaración de Agnes, sabía perfectamente lo que iba a encontrarse en aquella habitación.

—¿Por qué será que os afecta tanto todo lo referente a vuestras partes íntimas? —preguntó con ironía.

—Creo que prefiero contestar a eso más tarde... —dijo Lars entre arcadas, mientras salía de la habitación a toda prisa.

Erika asintió sin perder la sonrisa. La cara de Lars era un verdadero poema.

—¡Pídele a la señora Dufrais que te prepare una manzanilla! —respondió divertida, antes de adentrarse en el dormitorio.

Con la mano sobre la nariz, tratando de evitar en parte aquel insufrible hedor, Erika observó atentamente la escena. Era evidente que la víctima era un hombre bastante joven y atractivo; debía de estar sobre los treinta y largos, y no parecía nórdico, sino más bien del sur de Europa. El espectáculo era realmente repulsivo y, aunque la inspectora Vinter estaba acostumbrada a situaciones parecidas, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no apartar la vista. Estaba claro que aquello no era obra de un aficionado. Se acercó un poco más a la cama, y empezó a analizar aquella barbarie con curiosidad casi malsana. No parecía haber otro traumatismo en el sujeto que la disección de sus partes, y, a juzgar por la cantidad de sangre y la expresión de su rostro, aquello había sido realizado cuando aún estaba vivo y consciente. El corte era limpio y preciso, y la forma en que el hombre había sido atado, perfectamente calculada para impedir sus movimientos. Se le hacía difícil imaginar el sufrimiento por el que había pasado aquel pobre desgraciado. Cabía suponer que la muerte se había producido por la masiva pérdida de sangre, aunque ella estaba convencida de que era mucho más probable que hubiera muerto por asfixia; aparte de ocluir la garganta de la víctima, el asesino había taponado también concienzudamente con algodones las fosas nasales del sujeto. Fuese quien fuese el responsable de aquella carnicería, era innegable que se había tomado su tiempo para disfrutar de su obra. Había una cierta dosis de ensañamiento y de sadismo en aquel asesinato.

Erika sabía que su capacidad de observación se había convertido con los años en su mejor arma a la hora de analizar los hechos. En apariencia, aquel crimen tenía todos los ingredientes para ser clasificado de asesinato ritual, y posiblemente era fruto de algún tipo de ajuste de cuentas, aunque algunos detalles parecían demasiado elaborados para algo tan burdo. En pri-

mera instancia, habría que investigar qué organizaciones o sectas practicaban tales castigos o venganzas, pero no descartaba otras hipótesis. Lo que estaba claro era que, de entrada, a falta de la autopsia y de otros análisis, ésa era la hipótesis más plausible sobre la que empezar a trabajar. A juzgar por el olor nauseabundo y el avanzado estado de descomposición del cadáver, Eduardo Torres debía de llevar muerto como mínimo entre cuatro o cinco días. Probablemente desde el jueves o el viernes.

A pesar de que era una mujer bastante dura e impasible, la crudeza de aquella escena y el vomitivo hedor empezaron a hacer mella en Erika, de modo que decidió retroceder y alejarse del cuerpo. Era difícil que aquello no le afectase a uno. Había que ser de hielo para permanecer inmune ante tal atrocidad, y sabía que, cuando saliera del dormitorio, aquel penetrante olor se quedaría impregnado en sus mucosas. Ahora tenían que esperar a los de la Científica y al médico forense, que ya estarían de camino. Se acercó de nuevo al sofá, donde Agnes seguía llorando desconsolada, y, posando la mano sobre su hombro, le dijo:

—Si quiere puede irse a casa, pero esté localizable y no abandone la ciudad.

Era difícil imaginar a aquella pobre mujer huyendo de la justicia, pero la ley la obligaba a pronunciar aquella odiosa frase una y otra vez.

## CAPÍTULO 2

### NOTICIAS

**E**l calor empezaba a ser insoportable en aquella época del año. La gente se guarecía bajo los toldos de las terrazas o vegetaba en las oficinas, agradeciendo infinitamente el aire acondicionado. En realidad, seguir trabajando cuando el sol atizaba de aquel modo era algo inhumano. Ni tan siquiera las gafas de sol servían de mucho. Miguel detestaba el calor. Él prefería las estaciones templadas, y creía firmemente que, cuando en los países mediterráneos empezaba el verano, los gobiernos deberían decretar el horario laboral nocturno. Así podrían entrar a trabajar justo cuando cayese el sol en el horizonte, y quien quisiera podría salir de la oficina sobre las nueve de la mañana y aprovechar para ir a la playa.

Ése, desde luego, no sería su caso.

Hacía media hora que todos habían regresado de comer en aquel bar-restaurante de la esquina. No es que fuese un sitio especialmente bueno, pero el menú era correcto y el precio muy ajustado. Aun así, a Miguel no le gustaba nada tener que comer cada día fuera de casa, y en esta ocasión, como le ocurría tantas otras veces, ya se estaba arrepintiendo de haber comido demasiado. Y sobre todo de haber bebido tanto vino. Durante aquellas comidas, ninguno quería recordar lo duro que era volver luego a la oficina y continuar trabajando como si



nada. Sentía que su cabeza estaba ligeramente espesa y que le costaba concentrarse más de lo habitual. Su lengua parecía como de trapo, y era consciente de que, si se veía obligado a hablar, le costaría bastante pronunciar las palabras con claridad. No es que estuviese borracho, pero sí algo más achispado de lo debido. Miguel era de buen comer y de buen beber, y eso se podía ver en cómo disfrutaba de las comidas y en la dudosa forma física en la que se encontraba.

Se sentó frente a su ordenador, dispuesto a acabar de una vez con aquel maldito informe que le habían pedido los del Comité; era imprescindible que lo entregase como muy tarde a la mañana siguiente, y lo llevaba muy atrasado. Tenía la mala costumbre de dejar las cosas para el último momento, y luego siempre tenía que acabarlas de prisa y corriendo. Debían de ser cerca de las tres del mediodía y, tras la comilona, sentía que se le cerraban los párpados. Le resultaba muy difícil luchar contra las órdenes que el cuerpo dictaba a la mente, y ahora estaba claro que éste quería echarse una cabezadita a toda costa. Se incorporó y se fue al baño a lavarse la cara para ver si conseguía despejarse; era incapaz de trabajar con aquella modorra. Ya de vuelta y algo más despierto, volvió a sentarse frente a la pantalla para proseguir con el dichoso documento. El sol, que en el mes de junio entraba a degüello por las enormes cristaleras del despacho, amenazaba desde hacía rato con achicharrarle el pescuezo, y, pese a que había bajado la cortina de la ventana trasera, la sensación de calor parecía no desprenderse de su cuerpo. Al parecer, era imposible que la temperatura de aquella oficina contentase a todo el mundo; siempre había gente que decía congelarse y otros, como él, que se morían de calor por las tardes. Y justo en aquel momento, cuando por fin había conseguido concentrarse y redactar unas líneas con cierta coherencia, su teléfono empezó a sonar de forma insistente. Por seguridad, antes de coger el móvil que vibraba encima de su mesa decidió

guardar el informe que estaba preparando en su ordenador. Aquello era lo que más lo exasperaba de los teléfonos móviles, que entorpecían y paraban todo lo que uno estuviese haciendo, fuese donde fuese, y te obligaban a contestar. Molesto con la interrupción, avanzó hasta casi la puerta del despacho para evitar que aquel inclemente sol siguiese abrasándole mientras atendía la llamada. Miró la pantalla y vio el prefijo de Noruega; sin duda, era su hijo.

–Hola, Eduardo. ¿Cómo va todo por ahí?

Al otro lado se hizo un pequeño silencio.

–Yo no... –musitó una voz femenina que parecía descolocada por la respuesta–. ¿Hablo con Miguel Torres? –dijo con claro acento nórdico desde el otro lado de la línea.

Miguel apartó ligeramente el teléfono de su oído y miró de reojo el número que aparecía en la pantalla. El prefijo era de Noruega, eso estaba claro, pero no reconocía la voz. No tenía ni idea de quién podía estar llamándole.

–Emm... Sí, sí, soy yo –respondió, extrañado–. ¿Con quién hablo?

–Buenos días, señor Torres. Soy la inspectora Erika Vinter, y pertenezco al cuerpo de policía de Noruega.

–Ya... ¿En qué puedo ayudarla? –preguntó Miguel algo descolocado.

–Verá, tengo malas noticias sobre su hijo. Lamento informar...

Apenas pudo oír las siguientes palabras que pronunció aquella mujer. El mundo, su mundo, se paró en seco en aquel preciso instante. Miguel se tambaleó, aturdido, y dejó caer su teléfono, que por suerte resistió el impacto con el suelo. Su cabeza empezó a dar vueltas como un tiovivo y tuvo que retroceder unos pasos para no caerse, hasta topar con la mesa de su despacho y desplazarla ligeramente. Apoyado sobre ella, tratando de mantenerse en pie, aún no podía creer lo que acababa de oír al otro lado de la línea... Aquello no podía ser cierto... Ha-

bía hablado con su hijo hacía apenas una semana y todo iba bien... Tenía que haber un error. Sí, seguro que se habían equivocado de persona... Esas cosas ocurrían a veces... Ocurrían a menudo... Agarrándose a la mesa, cogió el teléfono del suelo, se acercó hasta la silla y se dejó caer sobre ella. Al otro lado de los cristales de su despacho, un par de compañeros lo miraban intrigados por su errática actitud. Era como si estuviera borracho. Las palabras de la inspectora retumbaban en su cabeza una y otra vez como una maldición:

—Lamento informarle de que su hijo ha sido asesinado —había dicho la inspectora con voz entrecortada.

Dar ese tipo de noticias era algo a lo que incluso ella, con su característica frialdad y falta de tacto, no conseguía acostumbrarse. Se necesitaba una falta absoluta de empatía, una completa ausencia de emociones, para que algo así no te afectase. Erika dejó pasar unos segundos para que Miguel tuviese tiempo suficiente de asimilar lo que había oído y, tras una breve pausa, añadió:

—Siento mucho tener que darle esta noticia... —se quedó callada unos segundos, antes de proseguir—. Necesitaremos que venga a Alesund lo antes posible, tanto para proceder a la identificación del cuerpo, como para poder avanzar con la investigación. Tómese el tiempo que necesite para organizarse, y en cuanto sepa su número de vuelo le agradecería que me llamara para informarme de su llegada. Si quiere apuntar mi teléfono...

Miguel, que más que una persona ahora parecía un robot, anotó el número de la inspectora como si una parte autónoma y primitiva de su cerebro fuese capaz de hacer cosas básicas sin usar la razón, y luego colgó. Con la mirada perdida, ensimismado, respiró profundamente e intentó calmarse. No, aquello no podía estar ocurriendo, no era posible... Por primera vez en su vida, entendió a aquellas personas que se sentían incapaces de llorar ante la muerte de un ser querido. No era por falta de dolor, ni de angustia... Se debía simplemente a una absoluta inca-

pacidad de asumir el hecho, de creer que lo que estaba ocurriendo era real. Como si negar la evidencia le permitiese mantener la esperanza, mantener vivo a su hijo de algún modo. Superado por las circunstancias, apoyó su cabeza en el respaldo de la silla y cerró los ojos, tratando de revivir todos y cada uno de los momentos que había pasado con Eduardo, como si tuviese miedo de que su muerte se los llevase también lejos de él. Sentía que en su interior iba creciendo una extraña montaña de emociones. Sentía que poco a poco lucharían por salir, y sabía que, cuando lo hiciesen, el dolor iba a ser tan intenso, tan profundo, que sería incapaz de afrontarlo, de soportarlo. Hizo girar la silla hacia la ventana y miró a lo lejos, a un punto indefinido del horizonte, tratando de buscar respuestas. Su mundo amenazaba con desintegrarse para siempre. Era como si un terremoto, un inmenso tsumani, hubiese arrasado de pronto con su vida, con su realidad, y la hubiese puesto patas arriba en cuestión de segundos. Era como si de pronto se hubiera visto inmerso bajo un inmenso océano que le engullía por momentos, como si estuviese bajo el agua, sintiendo ese vacío, ese silencio tan profundo, y por último la falta absoluta de aire que va presionando tus pulmones y te hace convulsionar. Si en aquel instante alguien hubiese tratado de hablarle, probablemente ni siquiera lo hubiese oído; ni siquiera se hubiese dado cuenta de su presencia. Estaba sumido en sus pensamientos, tratando de restablecer una cierta cordura a aquella sinrazón, cuando de repente recordó algo que lo puso en alerta. ¿No le había dicho Sandra que esa misma semana iba a estar con su hijo en Alesund?

Nervioso, se incorporó de un brinco del asiento, se asomó fuera del despacho y llamó a Ana Gutiérrez, compañera de redacción de Sandra.

—Ana..., ¿no se iba Sandra de viaje esta semana...? —preguntó de forma atropellada en cuanto ella entró en el despacho.

—Sí... Creo que se iba el domingo por la noche, pero como lleva casi diez días de vacaciones tampoco puedo pre-

cisarte... –contestó ella, sin terminar de entender el nerviosismo de Miguel—. ¿Por qué me lo preguntas?

–¡Hay que localizarla ya! ¡Como sea!

–¿Es que ha pasado algo...?

–¿Tienes su teléfono?

–Sí, claro, pero... ¡¿Qué ocurre?! –preguntó alarmada.

–Llámalas, por favor; ahora mismo.

Un tanto desconcertada, Ana volvió a su mesa, cogió el móvil, buscó el número de Sandra y la llamó mientras volvía al despacho de Miguel.

«Este número se encuentra fuera de cobertura en estos momentos...»

–Está fuera de cobertura o apagado... –dijo Ana, que ya empezaba a temerse algo grave.

–Apúntame el número en un papel, por favor –pidió Miguel sin dar mayores explicaciones.

–Pero... ¿qué es lo que pasa? Me estás asustando, Miguel...

–Ya te lo contaré en otro momento, ahora no hay tiempo –respondió él, sin ser consciente siquiera de la inquietud de su compañera.

Ana salió del despacho y enseguida comentó con algunas de sus colegas el extraño comportamiento de Miguel. Todas lo miraban intrigadas a través del cristal, tratando de averiguar qué ocurría. Miguel buscó entonces angustiado el papel donde había anotado el número de la inspectora. ¿Y si Sandra había corrido la misma suerte que su hijo? Con el corazón en un puño, marcó el número con el prefijo de Noruega. Contestó una voz firme y profunda:

–Fortelle...

–¿Podría hablar con la inspectora Vinter?

–Sí, soy yo. ¿Señor Torres? ¿Es usted?

–Sí, veré..., es que acabo de acordarme de que mi hijo había invitado esta semana a una compañera mía de trabajo, y me extraña no saber nada de ella.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, intrigada.

—Sí, se supone que llegó a Alesund el domingo por la noche. ¿Saben algo de ella? ¿Está ahí con ustedes?

—Curioso... En el apartamento no había ni rastro de una mujer. Y tampoco la mujer de la limpieza dijo nada al respecto. ¿Cómo dice que se llama su compañera?

—Sandra, Sandra Cuevas.

—Necesitaría que averiguara en qué vuelo venía y si alguien ha hablado con ella durante estos tres últimos días. Yo intentaré hacer algunas averiguaciones por aquí. ¿Sabe usted si iba a hospedarse en casa de su hijo o en un hotel?

—En su casa, seguro —confirmó Miguel, que sabía perfectamente cuánto le gustaba a su hijo tener invitados en casa.

—Muy bien. Gracias por avisarnos. Si pudiese hacerme llegar una fotografía de ella, sería de gran ayuda.

—Por supuesto, buscaré alguna reciente y se la hago llegar. La mantendré informada.

—¿Sabe si tiene algún familiar con quien pudiésemos hablar, llegado el caso?

—Sí, creo que sí.

—¿Cree que podría conseguirme algún teléfono? Si es de un familiar cercano, mucho mejor...

—Desde luego.

—Por cierto, ¿ya sabe usted cuándo podrá venir a Alesund? Tal vez no sea fácil encontrar un vuelo...

—Bueno, acaba usted de llamarme...

—Lo sé, y le pido disculpas, pero necesitamos su colaboración, y si espera demasiado tal vez no encuentre plaza para mañana. Ya sabe, tendrá que volar primero a Oslo y...

—Sí, sí, no se preocupe...

—Dígame algo en cuanto lo sepa. Ah, y recuerde que no hay demasiados vuelos a Alesund y si espera demasiado igual no encuentra plaza para mañana —dijo Erika; interesada en que volase cuanto antes—. Por cierto, gracias por la información.

Miguel cerró su móvil y se sentó de nuevo en su silla. Aquella butaca de cuero negro, que al recostarse se vencía ligeramente hacia atrás, hacía que su panza pareciese todavía más prominente de lo que era. Completamente superado por las circunstancias, se pasó la mano por la cara, retirándose hacia atrás el flequillo. Luego, como solía hacer cuando algo lo angustiaba, empezó a jugar con su canosa barba con ambas manos, mientras trataba de recomponerse e intentaba procesar lo ocurrido. Era evidente que todavía no había sido capaz de asumir la noticia de la muerte de su hijo, y que tampoco lo haría en breve, pero la búsqueda de Sandra le había dado una válvula de escape, algo en que entretener sus pensamientos, algo que le permitía, al menos por el momento, no pensar en lo sucedido y sentirse útil. Decidido a averiguar qué había pasado con su joven compañera de trabajo, salió del despacho y se acercó al departamento de administración de personal. Seguro que allí tendrían los datos de algún familiar de Sandra, alguien que pudiese facilitarle más información sobre su paradero. No se la podía haber tragado la tierra, pensó, y había que encontrarla lo antes posible. Sólo esperaba que no fuese ya demasiado tarde. Cuando consiguiese un número de teléfono, volvería a casa, sacaría el billete de avión para el día siguiente, intentaría localizar a la familia de su compañera y le pasaría el teléfono de contacto a la inspectora. Esperaba que ella pudiese ayudarlo a encontrarla.

Como en muchas empresas, el de administración era un departamento gris y lleno de gente poco motivada con su trabajo que tan sólo cumplía un horario para cobrar a final de mes. Daba igual si se trataba de administración relacionada con el personal, con la facturación o con temas tributarios. Era como si el mero hecho de llevar delante la palabra «administración» equivaliera a que todos los que trabajaran allí fueran una especie de funcionarios. Cuando tenías que lidiar con alguno de aquellos departamentos, las horas perdían por completo su valor. Su trabajo no tenía relación alguna con el ritmo que lleva-

ba el resto de la empresa. Y Encarna, la responsable de administración de personal, no era precisamente una excepción. Miguel se armó de paciencia y se acercó a ella con la mejor de sus caras y su más seductora sonrisa.

—Hola, Encarna, ¿qué tal va todo?

—Bien... —respondió ella, arqueando las cejas con mirada desconfiada—. ¿Qué te trae por aquí? —añadió, sabiendo que aquella visita no era fruto de la cortesía.

—Verás, es que tenemos que localizar urgentemente a Sandra, y su teléfono parece apagado. Es un tema muy grave.

Encarna no era una mujer demasiado sociable. Siempre era muy seca, y nunca hacía nada por los demás si no se veía obligada a ello. Además, en este caso, por supuesto, no estaba autorizada a dar los datos personales de los empleados al primero que se los pidiera. Esa información era estrictamente confidencial, y Miguel lo sabía bien, de modo que venía preparado para presionarla:

—Encarna, Sandra puede estar en peligro y la policía no-rueda necesita localizarla como sea; no es una broma. Si quieres ser responsable de lo que pueda pasarle...

Sólo había una cosa que superaba con creces la falta de iniciativa o de colaboración de alguien como Encarna, y era el miedo a ser responsable de algo importante o de carácter grave. La encargada de personal, que odiaba aquel tipo de situaciones que se salían de lo estipulado en las normas internas de la empresa, miró a Miguel fijamente y respondió:

—Si por casualidad me llaman la atención por esto..., yo te juro que no te lo voy a perdonar... Yo...

—Yo asumo toda la responsabilidad, te lo prometo. ¿Quieres que te firme algo para quedarte tranquila?

—No, no hace falta —respondió con un tono que daba a entender que estaba algo ofendida.

Aun así, Encarna lo miró con recelo, como tratando de escudriñar la verdad en sus ojos.



—No es necesario que me firmes nada, te creo —dijo mientras buscaba en el archivador la ficha de Sandra—. Pero no te acostumbres a pedir las cosas de esta manera. Ya sabes que en esta casa existen protocolos...

—Te lo agradezco mucho, de verdad —contestó Miguel, sorprendido de que hubiera resultado tan fácil—. Y tranquila, no tengo intención de pedirte nada más.

Nervioso, miró la ficha de su compañera. El único contacto que constaba en aquel documento era el teléfono y dirección de María Cuevas, su madre. Miguel tomó un papel y anotó la información.

★ ★ ★

Lars Ovesen era un hombre extraordinariamente meticuloso, a veces incluso un tanto previsible y cuadrulado, pero esas cualidades fueron las que hicieron que Erika lo eligiera como compañero. La inspectora era todo lo contrario, divertida, espontánea, creativa, un tanto impulsiva..., demasiado impulsiva, quizá, y muy directa, algo que podía ser positivo o negativo para su trabajo de detective, dependiendo de las circunstancias. En más de una ocasión, aquel exceso de impulsividad y transparencia le había costado algún disgusto, en especial con sus jefes. Por eso, cuando su antiguo compañero se jubiló, Erika tuvo muy clara la elección de Lars: ambos se complementaban a la perfección, y Lars le servía de contrapunto.

Su nuevo compañero era calmado, tranquilo e infinitamente más reflexivo que ella en todos los sentidos. Tenía buena planta, era alto y fornido, y muy formal. Vestía con discreción, y era muy austero. De hecho, Lars no solía comprar demasiadas cosas —odiaba gastar innecesariamente—, y acostumbraba a llevar ropa más bien oscura y de corte clásico. Eso componía su carta de presentación. Con sus casi cincuenta años, Lars nunca se había

casado ni tenía intención de hacerlo. La mera idea de que alguna fémica pudiese invadir su apartamento y desorganizar su espacio, su santuario, le ponía los pelos de punta. Era un hombre maniático y un tanto huraño, y, aunque se movía bien en las distancias cortas, no le gustaban nada las reuniones y menos aún las multitudes. Pese a no ser especialmente agraciado, tenía un cierto atractivo. De hecho, era bastante presumido, y siempre llevaba su pelo gris perfectamente perfilado y engominado, algo muy poco habitual entre sus colegas del cuerpo de policía. Se cuidaba mucho, y no era extraño que le pusieran menos edad de la que en realidad tenía.

Erika, por el contrario, había estado casada en dos ocasiones, pero el tiempo siempre terminaba por demostrarle que su profesión y el concepto tradicional de familia no se llevaban muy bien. Por ese motivo, hacía mucho que decidió renunciar a la maternidad y, aunque a sus cuarenta y dos años todavía estaba a tiempo de replanteárselo, aquello ya era para ella un capítulo cerrado. Sin embargo, pese a sus dos fracasos sentimentales, Erika seguía buscando a su hombre ideal, aunque sabía que difícilmente lo encontraría. Era una romántica empedernida, no podía evitarlo. Por otra parte, sus incontables curvas, su forma sensual de moverse y aquellos ojos oscuros y ligeramente rasgados que recordaban a los de una gata en celo hacían que los hombres enloquecieran por ella, lo que siempre acababa convirtiendo su vida amorosa en un frenético ir y venir de citas que tan sólo le reportaban algo de buen sexo, pero muy poco de ese amor por el que ella suspiraba. Lo cierto es que parecía que, de un modo inconsciente, trataba de evitar a aquellos hombres que podían encajar bien en su vida, y sólo se relacionaba con los que indudablemente acabarían aportándole una relación esporádica y noches de lujuria y alcohol.

Sentado frente al ordenador, y siguiendo a rajatabla el protocolo establecido para estos casos, Lars repasaba con-

cienzudamente cada uno de los expedientes de crímenes parecidos que se hubieran dado en Noruega durante los últimos diez años. Aun así, aquel asesinato parecía diferente al resto. Aquello no era obra de un perturbado, de un asesino al uso, sino más bien producto de una *vendetta* de algún tipo de organización mafiosa; aunque también era posible que se tratara de un asesino en serie, y, si ése era el caso, no tardarían en aparecer nuevas víctimas que confirmasen aquella opción. Fuera como fuese, estaba claro que el asesino conocía bien los métodos de la mafia. Lars estaba convencido de que aquello era cosa de un grupo organizado, pero la cuestión era saber cuál y, sobre todo, por qué se había producido aquel asesinato. En Noruega, ese tipo de organizaciones no eran nada habituales, y el hecho de que la víctima tampoco fuese de origen nórdico le hacía sospechar que se trataba de una organización extranjera. Sí, todo apuntaba a que aquel joven se había visto implicado en algún asunto turbio relacionado con alguna de las mafias europeas. Era lo único que podía explicar aquel macabro ritual. La mayoría de esos grupos solucionaban sus problemas de aquel modo: asesinando de forma ejemplar a cualquiera de sus miembros o colaboradores que cometiese un error, y transmitiendo así mensajes claros y contundentes al resto de los miembros de la organización.

Mientras tanto, en otra mesa situada al fondo de la planta, un miembro del departamento de peritaje informático de la Científica revisaba con cuidado el ordenador y el teléfono móvil de Eduardo. La mayoría de los especialistas de aquel departamento eran ostensiblemente más jóvenes que el resto del personal, algo que tenía sentido, dado el tipo de trabajo que hacían. Muchos de ellos eran casi imberbes, e incluso habían tenido problemas con la policía por cuestiones relacionadas con delitos informáticos, algo que era prácticamente un requisito indispensable para entrar a trabajar en aquel departamento de la

Científica especializado en sabotaje, pirateo y manipulación informática. El joven en cuestión, tras revisar a fondo ambos aparatos, afirmó con absoluto convencimiento que allí no había nada que relacionase a la víctima con organizaciones mafiosas, sectas o similares, aunque, de haber habido algo, probablemente lo habrían hecho desaparecer sin dejar ni rastro. De hecho, era evidente que aquel teléfono móvil había sido limpiado a conciencia con el fin de no dejar ninguna huella. Erika, que había estado observándolo con impaciencia de pie al lado de la mesa, le pidió entonces al joven que entrase también tanto en el chat de Facebook como en el WhatsApp de la víctima, con el fin de poder leer las conversaciones que había tenido con Sandra Cuevas durante los días previos a su viaje. Aquel chico la miró de reojo, sin duda harto de tener a la inspectora resoplando en su nuca, pero hizo lo que le pedía sin decir nada. Erika era muy consciente de que trabajar con alguien mirándote por encima del hombro no era para nada relajante, sino más bien todo lo contrario. De hecho, ella misma no lo hubiese soportado, pero estaba tan ansiosa por averiguar cuáles habían sido los últimos movimientos del sujeto que no podía evitar ser excesivamente pesada e incisiva.

Cuando el joven le imprimió toda la documentación, la inspectora se dirigió a su mesa y se sentó a leer todos y cada uno de los mensajes entre la víctima y esa tal Sandra Cuevas. Luego se levantó de su silla, se acercó a su compañero y se lo quedó mirando:

—¿Has encontrado algo? —preguntó Lars, devolviéndole la mirada.

—Parece que el señor Torres tenía razón, Sandra tenía previsto llegar a Alesund el domingo por la noche.

Lars se quedó pensando unos segundos.

—Pero para ese día Eduardo ya estaba muerto, ¿no? Entonces..., ¿quién la recogería en el aeropuerto? ¿Y si no la recogió nadie, qué se supone que hizo?

—El último *wasap* de él es del viernes por la tarde, y podría coincidir o tener algo que ver con su asesinato, pero me temo que han borrado algunos mensajes. El viernes, ella todavía no le había pasado los datos de su vuelo... Además, teniendo en cuenta que hablaban cada día varias veces, ¿cómo se explica que a esa tal Sandra no le extrañase no saber nada de él en dos días?

—Tienes razón, no tiene ningún sentido. Lo lógico es que hubiera varios mensajes o incluso llamadas de ella preocupada por la falta de noticias... —apuntó Lars.

—Exactamente —Erika asintió y miró al técnico informático en busca de respuestas.

El joven, algo estresado, les hizo una señal con la mano pidiéndoles un poco de paciencia.

—De acuerdo, de acuerdo, lo he captado. Voy a ver qué puedo hacer, ¿vale? Pero recordad que tengo sólo dos manos.

★ ★ ★

En cuanto llegó a su domicilio, Miguel dejó sobre el mueble de la entrada todas sus cosas. Aquella casa era bastante más pequeña que la que tenía antes de quedarse solo, pero era muy luminosa y acogedora. La había decorado con gusto, de forma recia y minimalista; sólo con lo justo y necesario. Únicamente la mano de la mujer que acudía cada día a limpiar la casa hacía que aquellas paredes se impregnaran de algo femenino. Hacía tiempo que vivía ya sin compañía, y lo cierto es que se había acostumbrado a ello; ya no la echaba en falta. Sin embargo, en ese preciso instante se dio cuenta de cuán huérfano estaba en realidad. Una sensación de vacío se apoderó de él, generándole una gran y desconocida inquietud. Hacía mucho tiempo que su mujer, Alicia, había decidido marcharse de su vida y no volver la vista atrás. Y probablemente desde aquel instante su vida no había vuelto a ser la misma. Se había acostumbrado a vivir sin esa parte de su co-

razón, y había desterrado la posibilidad de que nadie más compartiese su mundo. Era más fácil huir de sí mismo, esconder los sentimientos para siempre, que enfrentarse al abandono. Para él, que se casó creyendo ciegamente en el amor eterno y el matrimonio para siempre, la huida de Alicia era algo incomprensible. El desamor y el exceso de espacio fueron los principales impulsores de la mudanza.

Allí, sobre el mueble de la entrada, la última foto que Eduardo le mandó parecía mirarlo fijamente. Era una preciosa fotografía tomada en lo alto de la montaña, en la que se veía a su hijo, sonriente y rodeado de nieve. A Eduardo le encantaba la escalada. Desolado, Miguel cogió la foto enmarcada y contempló la imagen de cerca. Eduardo había sido siempre un chico extrovertido, amante de los deportes y de la naturaleza. La suerte había hecho que heredase lo mejor de la fisonomía de sus padres, convirtiéndose, ya en la adolescencia, en un chico de mucho éxito entre las féminas. Por otra parte, nunca había sido de meterse en líos. Estudioso y muy aplicado, consiguió terminar sus estudios de ingeniería de forma brillante y sin apenas esfuerzo, y empezó a tener ofertas laborales incluso antes de licenciarse. Por desgracia para él, la más atractiva vino de una multinacional afincada en Noruega. Eso fue muy duro al principio para todos, pero lo cierto es que era una oferta irrechazable, y no quedó otra que aceptarla.

Con un nudo en la garganta, sin apenas poder contener las lágrimas, Miguel volvió a dejar la foto en su sitio, se sentó en el sofá y reflexionó durante unos instantes sobre cómo debía afrontar aquella conversación con la madre de Sandra. Cualquier forma de abordar aquella llamada le parecía poco acertada, pero sabía que debía hacerla. Algo nervioso, cogió el inalámbrico de encima de la mesita del salón y marcó el número de aquella mujer sin saber muy bien cómo iba a sacarle el tema. Cuando sonó el tercer tono, alguien respondió al otro lado de la línea; era una voz de mujer:

—Sí, ¿dígame?

—¿Es usted la madre de Sandra Cuevas?

—Sí, soy yo, ¿quién llama?

—Verá, perdone que la moleste, soy un compañero de trabajo de su hija Sandra. Mi nombre es Miguel...

—Encantada... —interrumpió ella—. ¿Y en qué puedo ayudarle? —preguntó un tanto sorprendida.

—Verá, resulta que Sandra se iba este domingo a pasar unos días a casa de mi hijo, en Noruega..., en Alesund, para ser exactos, y quería saber si tenía noticias de ella.

—¿Noticias de Sandra...? —respondió la mujer, quedándose por unos segundos en silencio—. Bueno, lo cierto es que ella no me cuenta demasiadas cosas de su día a día; de hecho, acabo de enterarme por usted de que está en Noruega. Es una buena chica, pero muy independiente, ¿sabe?

—Ya, ya veo... Sí, de hecho la conozco bien, como le decía, llevamos años trabajando juntos... Bueno, entonces nada, no se preocupe, y gracias, de todos modos... —repuso él, descartando que aquella mujer pudiera serle de mucha ayuda—. Veré si puedo localizarla de otra forma...

—Pero... No termino de entender el motivo de su llamada. ¿Ocurre algo con Sandra?

Miguel, que se temía aquella pregunta, se sintió apresado, sin saber muy bien cómo responder. Respiró hondo, tratando de ganar tiempo. Hubiese sido más fácil colgar sin más, sin dar ninguna explicación, pero no hubiese sido muy elegante por su parte, pensó. Sabía que no le quedaba otra que decirle la verdad a aquella mujer, aunque aquello lo metiera en un lío. Se armó de valor, y decidió contarle lo sucedido:

—Verá, todo esto es un poco delicado... —empezó a decir, sin saber muy bien cómo enfocar aquello—. Hace aproximadamente una hora, me ha llamado la policía noruega para comunicarme que habían encontrado a mi hijo... A mi hijo...

De pronto, se paró en seco, como si alguien hubiese accionado un freno de mano invisible. Algo en su interior acababa de tambalearse, de agrietarse, de romperse, generándole una extraña sensación de vértigo, una terrible conmoción que no alcanzaba a controlar y que amenazaba con bloquear todos sus sentidos de golpe. Notó cómo las gotas de sudor resbalaban ansiosas por su frente, deslizándose hasta el nacimiento de su barba. Sintió un nudo en la garganta, y las palabras parecieron quedarse atoradas, inertes y sin fuerza, a medio camino entre su cuello y su boca, incapaces de salir. Su corazón empezó a latir arrítmico, acelerándose y desacelerándose sin control. Era como si todo su cuerpo se hubiese revolucionado y hubiera decidido revelarse contra él. Como si el hecho de tener que pronunciar él mismo la palabra «muerte» lo hubiese devuelto de golpe y sin anestesia alguna a la cruda realidad. Sí, su hijo estaba muerto, probablemente había sido asesinado, aquello era un hecho irrefutable, y ya no iba a volver a verlo nunca más. En aquel mismo instante, una intensa puñalada de fuego se clavó en sus entrañas, partiéndole el alma en dos. Sin apenas poder respirar y con un dolor punzante que le atravesaba todo el pecho, Miguel pensó que estaba siendo víctima de un ataque al corazón o algo peor. Aterrorizado, dejó caer el teléfono sobre el sofá y, tratando de recuperar el aliento, inspiró varias veces de forma nerviosa, casi espasmódica. Un miedo irracional y descontrolado se apoderó de él, haciendo que incluso se marease y estuviese a punto de perder el conocimiento. Luego, cuando por fin fue capaz de respirar de nuevo con relativa normalidad, su mente descendió a los infiernos y, dándose cuenta de la innegable y cruel situación por la que estaba pasando, se cubrió el rostro con las manos, desesperado, y rompió a llorar como lo habría hecho un niño que no sabe cómo gestionar la frustración, el miedo o el fracaso. Algo en su interior se había desbocado, y toda su serenidad, toda su capacidad de contener y gestionar sus sen-



timientos, se había convertido ahora en un estallido descontrolado de emociones. Algo en su interior, algo que no atinaba a discernir, había barrido y hecho trizas todas sus defensas, empujándolo a la peor de sus pesadillas.

Al otro lado del teléfono, María, la madre de Sandra, que no cesaba de oír aquel estremecedor y angustioso llanto, trataba por todos los medios de que Miguel volviese a hablar con ella y le contase qué estaba pasando. Aquella frase entrecortada y la posterior reacción de aquel hombre le hacían temer lo peor. ¿Qué estaba pasando? ¿Quién era aquel misterioso hombre? ¿Qué relación tenía con su hija? Y lo que era peor, ¿a qué venía aquella extraña llamada y qué era lo que le pasaba a Sandra? Desesperada, intentó por todos los medios que Miguel cogiese de nuevo el teléfono y le explicara qué estaba ocurriendo.

—¿Sigue usted ahí? Por favor, diga algo, ¡contésteme! ¡Sé que me está oyendo! —exclamaba alzando la voz cada vez más, con los nervios a flor de piel y negándose a colgar el auricular, temerosa de lo que pudiese haberle pasado a su hija.

Aquel silencio la estaba matando. Los segundos parecían dilatarse hasta convertirse en un tiempo indefinido y angustiante.

—¡Por favor, no puede dejarme así, responda...! —gritó desesperada.

Al otro lado de la línea, sólo aquellos ahogados e inquietantes gemidos parecían responder a sus sobrecogedoras súplicas. Miguel, que de fondo podía oír perfectamente aquella insistente vocecita llamándole de forma desesperada, no se sentía capaz de contestar. De hecho, aunque lo hubiese intentando, difícilmente hubiese podido pronunciar dos palabras seguidas en aquel terrible estado. Su voz, fuerte y profunda, estaba ahora ahogada, acallada en su garganta, incapaz de brotar más allá de sus labios. Aquel desasosiego, aquel dolor, se había instalado súbitamente en su pecho, en todo su ser, y había llegado para quedarse. Tras unos largos minutos, logró recuperar un poco la calma y, sacando fuerzas de flaqueza, cogió

por fin el teléfono entre sus manos y, con hilo de voz apenas audible, atinó a decir:

—Tranquila, señora, no se preocupe, no pasa nada, de verdad... Luego la llamo.

Y acto seguido, colgó el teléfono y volvió a derrumbarse sobre el sofá, dejando que el dolor que sentía se apoderase de todo su ser.